

VII. RESEÑAS



Iván Franco Cáceres, *La Intendencia de Valladolid de Michoacán: 1786-1809. Reforma administrativa y exacción fiscal en una región de la Nueva España*, México, Instituto Michoacano de Cultura, Fondo de Cultura Económica, 2001, 308 p.

Reseñado por Verónica Zárate Toscano, del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, para *H-México*.

La vigencia del interés por la historia del siglo XVIII novohispano queda demostrada por la publicación cotidiana de nuevos textos que se insertan en la problemática de ese momento histórico tan intenso. Las llamadas “reformas borbónicas” generaron una serie de cambios en todos los ámbitos de la vida del virreinato más rico del Nuevo Mundo.

Consciente de esta realidad, Iván Franco Cáceres dedicó sus esfuerzos al análisis de las consecuencias que tuvo en la región del occidente de México la instauración de la Intendencia de Valladolid de Michoacán. Uno de sus principales hilos conductores fue distinguir cómo esta institución “empezó a incidir en la dinámica y vida cotidiana de los cuerpos y grupos tradicionales con y sin poder aposentados en toda la jurisdicción”. Entre estos grupos es primordial mencionar a la Iglesia, que gozaba de un enorme influjo no sólo en el terreno espiritual sino en el administrativo y el gubernamental. Por ello se hizo necesario realizar una serie de ajustes para aplicar normas administrativas que habían sido dictadas al otro lado de la mar océano careciendo de un total conocimiento de la realidad americana.

Apoyado en una sólida documentación, el autor sigue de cerca las vicisitudes que padecieron Juan Antonio Riaño (1787-91) y Felipe Díaz Ortega (1792-1809) al frente de la Intendencia, sobre todo por enfrentarse a la oposición de los poderosos grupos locales de poder. A la larga, el segundo intendente no pudo evitar caer bajo la influencia de eclesiásticos y comerciantes para sacar adelante su gobierno. Sin embargo esto no impidió que se cumpliera uno de los principales objetivos de los reformadores: aumentar la captación de recursos para la corona española, urgida por las exigencias internacionales.

Franco Cáceres considera que la Intendencia fue “la institución modernizadora por excelencia del régimen borbónico español”, y para demostrarlo recurre al análisis de las modificaciones introducidas en la estructura del poder local y al

examen del clima de inconformidad y desconfianza que generaron.

No hay que pasar por alto que el final del periodo analizado coincide con la aplicación de la Real Cédula de Consolidación de Vales Reales, que disponía la enajenación de los bienes raíces pertenecientes a obras pías (no las propiedades de la Iglesia como afirma el autor), lo que afectaba no sólo los inmuebles sino el capital circulante. Esta medida generó una lluvia de manifestaciones en contra de la corona y la intendencia participó intensamente al expresar su inconformidad. Con esto y la muerte de Ortega, la región quedaba sumida en un ambiente casi propicio para favorecer las conspiraciones y levantamientos que paulatinamente acabarían no sólo con el proyecto modernizador de los Borbones, sino con la independencia de Nueva España.

Óscar Flores Torres, *Monterrey Industrial 1890-2000*, Ciudad Victoria, Tamaulipas, Universidad de Monterrey-Conacyt, 2000, 253 p.

Reseñado por Eduardo Flores Clair, de la Dirección de Estudios Históricos, Instituto Nacional de Antropología e Historia, para *H-México*.

Este libro, que comprende más de un siglo de historia industrial, muestra las múltiples relaciones entre los empresarios (grupos familiares) y los gobiernos en turno. El humo que lanzaban por las largas chimeneas de la Fundidora de Monterrey se convirtió en el símbolo de la ciudad y trazó el camino de un constante crecimiento. Hoy día la región concentra a los grupos industriales más importantes de México. En los últimos años los regiomontanos han aumentado su presencia en diversos ámbitos en forma considerable, pues no sólo son líderes de la industria de la transformación, sino que también tienen una participación significativa en las comunicaciones y en la educación superior de paga, y hasta han alcanzado un éxito rotundo incursionando en el rap y hip hop en español. En cuatro grandes apartados Óscar Flores nos presenta un panorama general de los indicadores económicos que han repercutido con más fuerza en las estructuras de la ciudad industrial. Su enfoque se distingue por el hecho de contextualizar el proceso manufacturero en la larga duración, marcando sus ciclos, ritmos y prosperidad econó-

mica. Los lectores encontrarán en esta obra una historia de fábricas y patrones que tiene como escenario una ciudad localizada estratégicamente, que a pesar de estar asentada en tierras áridas y rodeadas de montañas, ha podido concentrar y acaparar recursos humanos y naturales gracias a la expansión del sector industrial. En forma clara, amena y documentada, se explican las estrategias utilizadas por varias generaciones de empresarios para mantener un negocio redituable.

Para Óscar Flores el desarrollo de las empresas y los grupos industriales de Monterrey se llevó a cabo en tres grandes periodos: “una etapa de fundación que va de 1890 a 1910, la segunda que se ubica entre los años de revolución y reconstrucción nacional (1911 a 1940), y finalmente una última etapa de expansión que va de 1940 a la actualidad”. Cabe advertir que el autor muestra un mayor interés por los acontecimientos de las últimas décadas, de ahí que divida el tercer periodo en tres apartados: el de la “estabilidad”, que va de 1940 a 1970; el “expansivo”, de 1970 a 1981, y finalmente el de las “crisis recurrentes” y la “reestructuración organizativa y tecnológica”.

Partiendo del novedoso enfoque sobre la economía política de la urbanización, el autor analiza las condiciones generales de la producción valiéndose de los medios de circulación, de los medios de producción socializados, de los medios de consumo colectivo, y de la legislación. Estas categorías le permiten rastrear el terreno que circunda a la política y la sociedad en el ámbito del desarrollo industrial, así como las mutuas transferencias de valor de un sector a otro. Es evidente que en la atmósfera de acumulación, solidez y expansión del capital industrial, la política estatal desempeñó un papel preponderante, porque utilizando una amplia gama de apoyos y de prebendas, estableciendo un marco jurídico favorable y ejecutando movimientos políticos coyunturales ayudó al fortalecimiento de los grupos empresariales de Monterrey. Éstos se organizaron inicialmente siguiendo las reglas de la vieja usanza colonial, en grupos familiares, pero las nuevas condiciones de rentabilidad y competencia los obligaron a emprender alianzas estratégicas con el fin de soportar las embestidas de las fluctuaciones económicas y responder a los nuevos retos de la globalización.

En el “despegue de Monterrey” encontramos tres elementos clave que habrían de convertirse en motores de la industrialización. Por una parte las relaciones comerciales con Estados Unidos, que han estimulado en forma considerable el intercambio de mercancías y han propiciado el crecimiento de los mercados a ambos lados de la frontera. A lo largo de los años dicho comercio se ha llevado en formas lícita e ilícita, siguiendo las coyunturas políticas y las fluctuaciones económicas. En segundo término influyeron las relaciones con los gobiernos en turno, que siempre propiciaron una política de fomento por medio de las exenciones de impuestos, la formación de fondos refaccionarios y una amplia gama de subvenciones de diversa índole. Por último, la organización empresarial se mantuvo inmune en un organismo local (entre 1883 y 1940), impuso una disciplina férrea entre sus agre-

miados y, como afirma Óscar Flores, aglutinó “a todos los patrones sin importar el sector de producción del que procedieran, ni su participación en otras organizaciones o cámaras, les facilitó proyectar nacionalmente a través de la Coparmex, una conciencia de clase empresarial diferente a todos los demás grupos sociales existentes en el país”.

Uno de los apartados más sugerentes del libro es el relativo al estudio de ocho grandes grupos económicos. De manera apresurada, el autor relata pequeñas historias de empresas que a lo largo del tiempo se mezclan, comparten protagonistas, mantienen características semejantes y conservan sus diferencias particulares. Para dar una idea somera, el conjunto de estos grupos controla a varios cientos de industrias que elaboran miles de productos muy diversos, que van desde partes de autos hasta botellas y colchones, pasando por embutidos. Los grupos analizados son: Cemex, Vitro, Axa, Cydsa, Protexa, Imsa, Alfa y Femsa. Casi acaparan entre todos la mayor parte de la industria de Nuevo León, pues algunos otros excluidos quedaron.

Cada uno de estos grupos proviene de una “empresa madre” que estaba dedicada a un solo producto, como el cemento, la cerveza, el vidrio, las telas, etc. Pero atendiendo a sus tácticas de crecimiento, se fueron diversificando en un sinnúmero de negocios. Por ejemplo, el grupo Protexa era un modesto negocio de impermeabilizantes y hoy día su esfuerzo se concentra en la construcción de gasoductos, plantas de refinamiento de hidrocarburos, plataformas marinas, y exploraciones de mantos petrolíferos, entre otras. La mayoría de estos grupos mantiene sus fuertes vínculos con el mercado externo por medio de sus productos, inversiones y alianzas de capital en distintas partes del mundo.

Entre sus principales socios destacan las familias Zambrano, Garza, Sada, González, Lobo, Clarión, Sepúlveda, Zamora y unas cuantas más. Sorprende que los resultados de estos corporativos empresariales hayan sido tan positivos a pesar de los graves problemas económicos que ha sufrido nuestro país en fechas recientes. Por la información que nos proporcionan 35 cuadros estadísticos sabemos que después de cada periodo de crisis las compañías resultan más fortalecidas, logran una mayor concentración de capital, reorganizan sus sistemas administrativos, consiguen mayores recursos financieros y emprenden nuevos proyectos de expansión.

A pesar de las evidencias que el autor proporciona, nos parece que muchas preguntas acerca del enriquecimiento de estos empresarios no se llegan a resolver. Sólo para dar un ejemplo recordamos que el 10 de mayo de 1986 las chimeneas de la Fundidora dejaron de arrojar humo: se decretó la quiebra en vista del enorme déficit que padecía la empresa. En realidad la crisis económica se venía arrastrando desde muchos años atrás y esta prolongada agonía fue acumulando una deuda inimaginable que ascendió a 190 mil millones de viejos pesos. Ese día los trabajadores sindicalizados y de confianza, más de siete mil, fueron despedidos. Desde el principio de la década de los setenta el gobierno se hizo socio solidario mediante la compra de acciones; más adelante refac-

cionó con fuertes sumas a la empresa, y cuando el capital privado se retiró, no le quedó más remedio que hacerse cargo de la administración.

En esta forma se cerró un capítulo de la historia industrial del país. Sin embargo, para la ciudad industrial se abrió una nueva era. Los empresarios pusieron en marcha un colosal proyecto para sacarle provecho al gigantesco espacio que ocupaba la vieja Fundidora en el corazón de la ciudad, y que era propiedad de la federación. El proyecto Parque Fundidora engloba veintisiete atracciones: hay de todo y para todas las edades, espectáculos de élite y populares. La inversión es considerable y las expectativas de ganancias son aun mayores. Entre otros negocios están el hotel Holiday Inn, un parque de béisbol, la Plaza Sésamo, una arena, una sala de exposiciones, el Auditorio Fundidora/Coca-Cola, un autódromo y algunos centros culturales como el Archivo Histórico, el Centro de las Artes, la Pinacoteca y el Auditorio Carlos Prieto. En muchos de estos negocios participan los herederos de las familias de los viejos fundadores.

Stephen Haber (ed.), *How Latin America Fell Behind?*, Stanford, Stanford University Press, 1997, 315 p.

Reseña de Aurora Gómez-Galvarriato, del Centro de Investigación y Docencia Económicas, publicada en *Revista de Historia Económica*, núm. XVII:1, 1999.

¿Por qué América Latina se quedó atrás? Esta enorme pregunta obviamente no queda resuelta en el libro. Sin embargo, el lector encontrará allí diez excelentes artículos que tratan de hallar el porqué del atraso relativo de México y Brasil en el siglo XIX respecto a Estados Unidos y a la Europa noratlántica. Al concentrarse en el siglo XIX este libro sigue la línea de investigación que planteó John Coatsworth en su famoso artículo "Obstacles to Economic Development in Nineteenth Century México", donde argumenta que los orígenes del atraso de América Latina se han de encontrar en el siglo XIX y no en el XX, pues la divergencia entre los rangos del producto per cápita entre México, Brasil y Estados Unidos se abrió en este siglo y se ha mantenido prácticamente constante desde entonces. Los países con los que contrastamos el crecimiento de América Latina son importantes para definir en qué periodos ubicar el atraso, pues si en vez de Estados Unidos comparáramos a la región con países como España o Japón entonces enfocaríamos nuestro análisis en el siglo XX. De cualquier forma es claro que para el XIX América Latina ya había comenzado a quedarse atrás.

Los trabajos incluidos en esta antología muestran una amplia diversidad temática y geográfica; sin embargo todos tienen un factor en común: siguen la metodología de la Nueva Historia Económica, rompiendo así con la larga tradición "dependentista" que ha prevalecido en los trabajos de historia económica de la región. Stephen Haber define claramente en la introducción al libro las principales características de esta metodología: 1) las preguntas por analizar deben ser plan-

teadas en un lenguaje preciso; 2) las hipótesis deben ser específicas de forma explícita, deben ser lógicamente consistentes y debe poderse probar que son falsas; 3) las variables relevantes deben ser especificadas explícitamente, los datos deben recopilarse y analizarse sistemáticamente, y 4) las hipótesis deben ser evaluadas a la luz de evidencia cualitativa y cuantitativa, con el cuidado de sesgar las pruebas en contra de las hipótesis en consideración, a modo de asegurar que los resultados no sean generados por errores estadísticos.

La aparición de este libro representa un acontecimiento importante en la historiografía económica de América Latina, pues es la primera antología de trabajos de Nueva Historia Económica de la región. Habrá todavía quienes consideren esto como una tragedia, pero seguramente serán muchos más quienes consideren, como yo, que se trata de un gran paso adelante. La introducción al libro, a la que ya me he referido, es una excelente síntesis sobre la evolución de las metodologías y aproximaciones a la historia económica en Estados Unidos y en América Latina. En ella se plantea un programa de investigación para la historia económica latinoamericana, del que este libro es uno de sus primeros frutos, y que por la calidad de los trabajos en él incluidos parece ser muy prometedor.

Los dos primeros artículos del libro dan una perspectiva general de largo plazo sobre la evolución económica de Brasil y México a lo largo del siglo XIX. Aunque fueran distintos los patrones que siguieron las independencias en estos dos países, una pacífica y ordenada, la otra violenta y caótica, Nathaniel Leff y Enrique Cárdenas muestran que el XIX fue un siglo de atraso relativo para ambos países. El rezago económico mexicano fue, sin embargo, mayor que el brasileño. Nathaniel Leff explica que el producto per cápita en Brasil se mantuvo constante entre 1822 y 1899, a pesar del alto crecimiento demográfico (1.8% anual). Para México, de acuerdo con los datos presentados por Enrique Cárdenas y Richard Salvucci en este volumen, eso hubiera sido ya un gran logro al menos hasta 1877.

En su artículo Nathaniel Leff analiza algunas de las causas que él considera primordiales para explicar el atraso brasileño. Entre ellas destacan: 1) la inmovilidad factorial en una zona de moneda común, que explica el atraso del nordeste brasileño; 2) la elasticidad de la oferta de mano de obra que impidió que subieran los salarios reales, y que fue resultado de la importación de esclavos y la inmigración, y 3) los altos costos de transporte que impidieron un mayor crecimiento del producto y la productividad del sector de producción agrícola para consumo doméstico, en el que trabajaba entre 50 y 70% de la población. Debido a que los beneficios sociales de introducir los ferrocarriles eran mayores que los privados, Leff considera que el gobierno debió asumir un papel principal en su construcción; argumenta que la principal razón por la que no lo hizo fue la debilidad de las finanzas públicas, que prevaleció hasta la última década del siglo. En su ensayo plantea una sugerente explicación de por qué el Estado brasileño no pudo aumentar la recaudación fiscal a lo

largo del siglo. Finalmente analiza los cambios constitucionales que tuvieron lugar en Brasil hacia 1889, cuyas consecuencias económicas sustanciales llevaron al sostenido crecimiento económico que experimentó el país entre 1900 y 1940.

Enrique Cárdenas expone en su artículo un interesante argumento macroeconómico para explicar las causas del atraso económico mexicano en el siglo XIX, el cual complementa las razones geográficas e institucionales ya desarrolladas por otros autores. En este ensayo Cárdenas explica por qué la guerra de independencia colocó a México en un círculo vicioso. La contracción del sector minero tuvo efectos directos sobre la economía y también indirectos. La plata no era solamente el principal producto de exportación del país, sino también era la moneda. El enorme decremento de la producción de plata, aunado a la fuga de capitales, disminuyó la oferta monetaria y el volumen del comercio internacional. Esto tuvo un efecto negativo adicional al disminuir los ingresos fiscales que provenían principalmente de estas fuentes. Los gobiernos tuvieron que financiarse cada vez más con deuda interna, y esto, unido a la astringencia monetaria y a la disminución del comercio —que era una importante fuente de capitales— dejó poco capital financiero para el resto de la economía. El decremento de la inversión en actividades productivas limitó aún más el comercio y la creación de un mercado doméstico que pudiera sacar ventaja de las nuevas tecnologías y expandir las economías a escala. Cárdenas encuentra en la gradual recuperación del sector minero y la introducción de los ferrocarriles las razones que están detrás del crecimiento económico que experimentó México a fines del siglo, y que habría sido mayor si los términos de intercambio no se hubieran deteriorado para México a causa de la disminución del precio de la plata.

En su artículo Richard Salvucci compara y juzga a la luz de los datos disponibles y los métodos de Raymond Goldsmith las estimaciones del producto interno bruto en el siglo XIX que existen para México y que en alguna forma sirven como una base importante para el desarrollo de argumentos como los que Cárdenas plantea. De acuerdo con sus resultados, si tomamos la estimación de PIB más alta para 1839, la economía mexicana pudo haber crecido como máximo alrededor de 4% entre 1817 y esa fecha, lo cual es muy poco. En el peor de los casos el producto cayó en 4% entre 1800 y 1845 y 15% per cápita. Apoyando el argumento de Cárdenas, Salvucci encuentra que esta caída se explica casi en su totalidad por la disminución de la producción de plata. Sin embargo, a diferencia de Cárdenas, Salvucci sostiene que la decadencia de la economía mexicana comenzó desde 1780 debido a las políticas de los borbones, que implicaron una salida de plata importante y, por tanto, una reducción de la liquidez de la colonia.

Tanto Leff como Cárdenas consideran la introducción de los ferrocarriles como un factor crucial para el crecimiento económico de ambos países. William Summerhill hace en su artículo un análisis del ahorro social que generó la introduc-

ción de este sistema de transporte en Brasil, y lo compara con el trabajo previo de John Coatsworth sobre el caso mexicano. De acuerdo con sus resultados, la introducción de los ferrocarriles tuvo un efecto de enorme importancia para el crecimiento económico subsecuente, así como para explicar el atraso previo. En México y Brasil el ahorro social que generaron los ferrocarriles pudo haber alcanzado 38.5 y 22% del PIB respectivamente. La dimensión de estas cifras es particularmente impresionante cuando se compara con cálculos similares para Estados Unidos, en donde el ahorro social generado por los ferrocarriles llegó como máximo a 7.3% del producto interno bruto.

Para Leff es crucial estudiar lo que ocurrió en el sector agrícola que producía para el consumo doméstico si se quiere entender el desarrollo económico de América Latina durante el siglo XIX. Margaret Chowing emprende dicho estudio sobre una importante región mexicana valiéndose de un análisis de archivos notariales. Su trabajo muestra que los hacendados michoacanos fueron capaces de recuperar hacia 1830 los rangos de rentabilidad que existían antes de la independencia. Los datos que muestra Chowing sobre niveles de precios crecientes durante este periodo no son totalmente consistentes con la situación descrita por Cárdenas de contracción monetaria. ¿Sería esto resultado de que la reducción en la producción agrícola fue incluso mayor a la contracción monetaria? En todo caso la evidencia que presenta sobre una caída en los precios de las haciendas de 1800 o 1810 a 1830 y su recuperación a partir de entonces hasta alcanzar en 1850 un nivel similar al anterior a 1810, es congruente con el ciclo económico al que se refieren Salvucci y Cárdenas durante ese periodo. La interesante descripción que hace Chowing de los cambios de estrategias que siguieron los hacendados para enfrentar la crisis, así como de los factores que permanecieron constantes, nos lleva a entender cómo es posible alcanzar altas tasas de rentabilidad incluso en tiempos de crisis.

Los trabajos de Carlos Marichal y Stephen Haber abordan una cuestión fundamental para entender el atraso relativo de México y Brasil durante este periodo: el escaso desarrollo del sistema financiero. Carlos Marichal sostiene que “las dos precondiciones básicas para el desarrollo de los mercados financieros en el México del siglo XIX eran la estabilización y la ampliación de los mercados de dinero de corto plazo y la creación de un mercado interno de papel gubernamental público relativamente abierto”. El desarrollo de un mercado de papel público estable es necesario para que los agentes financieros consideren que la propiedad de bonos y valores puede ser tan segura como invertir en bienes raíces o en metales. Asimismo es fundamental para el desarrollo de un mercado de dinero de corto plazo y del sistema bancario. En México el gobierno no pudo contribuir a establecer estas precondiciones en la medida en que sus finanzas públicas fueron precarias y debido a que con frecuencia declaraba moratoria sobre sus deudas. En su artículo, Marichal logra una clara y bien informada descripción del funcionamiento del sistema financiero mexicano a lo largo del siglo.

En el artículo de Stephen Haber se examinan algunas de las consecuencias económicas que acarrea un sistema financiero poco desarrollado. Se trata de un análisis comparativo entre Brasil y México en el que se vinculan la regulación gubernamental, el desarrollo de los mercados financieros y el crecimiento y la estructura de la industria textil. En Brasil, hacia 1889, junto con la transición de la monarquía a la república ocurrió un importante cambio institucional que facilitó la aparición de nuevos bancos, sociedades anónimas por acciones y un mercado de bonos y valores más activo. La industria brasileña pudo financiarse con más facilidad por medio del sistema bancario y la bolsa de valores. Los datos que muestra Haber reflejan superiores niveles de apalancamiento en las fábricas brasileñas que en las mexicanas. Esto dio lugar a un mayor crecimiento de la industria brasileña y a una estructura industrial menos concentrada que la de su contraparte mexicana.

El artículo de Stephen Haber y Herbert Klein cuestiona la validez de la persistente y bien difundida noción de que la “dependencia económica” nociva al desarrollo del país, aumentó con la independencia política al establecerse una relación neocolonial con Inglaterra. Un análisis de los flujos comerciales de Brasil, de su política arancelaria y su desarrollo industrial, explica que la independencia brasileña prácticamente no cambiara los patrones que existían previamente. Asimismo refuerza el argumento de que el retraso relativo que experimentó Brasil en el siglo XIX no puede ser atribuido a la “dependencia económica” sino a una serie de parámetros estructurales internos a la economía brasileña, tales como los que describe Leff en su ensayo. En todo caso, tal examen indica que los vínculos comerciales y financieros con Gran Bretaña pudieron ayudar más que perjudicar a la economía brasileña durante ese siglo.

Finalmente el trabajo de Stanley Engerman y Kenneth Sokoloff desarrolla un argumento general sobre las causas fundamentales de los diferentes patrones de crecimiento de Canadá y Estados Unidos, por una parte, y América Latina por la otra. Los autores subdividen las economías americanas en tres categorías: 1) aquellas que habían logrado una ventaja comparativa en la producción de azúcar y otros productos tropicales, lo que conllevaba la importancia de los esclavos; 2) las que contaban con una amplia dotación de trabajo indígena y recursos mineros, y 3) las que carecían de población indígena y de terrenos adecuados para la producción de azúcar o productos tropicales. De acuerdo con esto la distinta dotación original de factores ocasionó diferencias sustanciales en el grado de desigualdad de la riqueza, de capital humano y de poder político, que generaron distintos patrones de crecimiento. En las economías más desiguales el nivel de vida de las élites era en un principio más alto que en las economías más igualitarias. Sin embargo en el largo plazo una situación de mayor equidad llevaría a un superior desarrollo de los mercados e instituciones conducentes a la comercialización y al cambio tecnológico. Esto finalmente traería mayores niveles de desarrollo y de vida, incluso para

las élites, en las economías más igualitarias. Engerman y Sokoloff apoyan sus argumentos en una comparación de los patrones migratorios a América, así como en los resultados de sus investigaciones sobre la historia económica de Estados Unidos. Durante la primera etapa de industrialización de Estados Unidos las ganancias en productividad no provinieron de un gran incremento en la escala de producción, ni de la difusión de la mecanización, sino de una mejor organización del trabajo, que ocurrió en empresas de un tamaño bastante modesto. Asimismo, el patrón de desarrollo de patentes en Estados Unidos se distribuyó en la primera mitad del siglo XIX en forma muy democrática y ligada al desarrollo de los mercados. Esto indica que no fue la gran acumulación de capital, sino el desarrollo de los mercados, facilitado por una mayor igualdad económica y un relativamente alto ingreso per cápita, el ingrediente primordial para inicio de la industrialización. Los numerosos estudios que comparan el desarrollo económico del sur de Estados Unidos con el del norte reflejan algunas de las divergencias que los autores consideran incluso mayores cuando se compara el norte de Estados Unidos con América Latina.

Cada uno de los artículos incluidos en este libro es la síntesis de un trabajo de gran calidad, producto de una labor de muchos años, así como una importante contribución al tema al que se refiere. Su lectura, además de colocar al lector en el estado del arte sobre los temas que trata, es provocadora en la medida en que no es difícil cuestionar algunas de las hipótesis que en ellos se plantean. Este es precisamente uno de los grandes méritos del libro, pues debido a que las hipótesis que se plantean son explícitas, así como los argumentos que las sostienen, cada uno de los artículos abre una agenda de investigación que sin duda rendirá enormes frutos.

María Vargas-Lobsinger, *La Comarca lagunera: De la Revolución a la expropiación de las haciendas, 1910-1940*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1999, 228 p. (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 33).

Reseña de José Mario Contreras Valdez, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, titulada “Tres decenios de cambio agrario en la Comarca Lagunera”, publicada en *Sólo Historia*.

Este libro narra el proceso de cambio de la estructura agraria en la Comarca Lagunera, aquella que se definió con nitidez a lo largo del porfirismo en un espacio geográfico delimitado por los ríos Nazas y Aguanaval. Los elementos diversos que la autora consideró para tejer esa historia fueron: lucha armada, violencia social y política, organizaciones (sindicatos, empresariales) en favor y en contra del reparto de tierras, y propuestas concretas sobre financiamiento agrícola en la posrevolución. Todos ellos resultaron fundamentales para conocer la forma en que, poco a poco, la nueva estructura

agraria en esa región fue tomando cuerpo y ha predominado a lo largo del presente siglo.

La explicación de la autora se caracteriza por su apego a la visión histórica: de ese modo, complementa obras de tipo sociológico y económico (citadas en la bibliografía). En su ejercicio narrativo sigue de cerca los variados caminos que llevaron a la reforma agraria de esa región, donde la propiedad de la tierra estaba concentrada en pocas familias. La autora tejió los elementos propios de la coyuntura de la Revolución, del enfrentamiento político, sin descuidar los de larga duración, que fue difícil derribar a pesar de los repartos revolucionarios, como la propiedad familiar de la tierra.

De ese modo Vargas-Lobsinger logra rescatar los tiempos y protagonistas de ese proceso que ayuda a entender una expresión regional más de la Revolución mexicana. También de manera documentada explica cómo se alteró de forma definitiva una experiencia económica, social y política lograda durante varios decenios, que ofreció riquezas a unas cuantas familias poseedoras de las mejores tierras y los afluentes necesarios para el cultivo del algodón.

Esa ruptura gestada por la Revolución mexicana llevó necesariamente al desplazamiento político de los hacendados tradicionales y oligárquicos, sustentantes seculares del poder regional, quienes al poseer enormes extensiones de tierra y controlar los sistemas de riego tuvieron acceso a las fuentes de financiamiento y a los circuitos comerciales del algodón, producto agrícola fundamental de la región lagunera, sobre todo en el transcurso del siglo XIX. Esta estructura fue derribada también por la Revolución agraria que se produjo con el régimen cardenista, y que se investiga a fondo en esta obra.

Con este trabajo, María Vargas-Lobsinger ofrece ya una trilogía sobre la historia agraria de la Comarca Lagunera y se coloca como una especialista de primer nivel en la historiografía de esa región. Sus investigaciones, desarrolladas a lo largo de casi dos decenios le han permitido conocer, como a pocos historiadores, la estructura de la propiedad del territorio agrícola de esa comarca, desde la colonia hasta las primeras décadas del siglo XX. Su importante trabajo académico y de investigadora se había dado a conocer con las siguientes dos obras ya publicadas, que representan el complemento de la actual: *La hacienda de La concha. Una empresa algodonera de La Laguna. 1883-1917*, México, UNAM, 1984; y *Formación y decadencia de una fortuna: los mayorazgos de San Miguel de Aguayo y de San Pedro del Álamo, 1583-1823*, México, UNAM, 1992.

El libro es, entonces, una aportación al conocimiento de la dinámica agraria de la región de La Laguna, sobre todo al enfocado a la Revolución y a la posrevolución, lo que refleja que la historia agraria en los ámbitos regionales sigue ofreciendo aristas interesantes para las futuras investigaciones.

Leonor Ludlow y Carlos Marichal (coords.), *La banca en México, 1820-1920*, y *Un siglo de deuda pública en México*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis

Mora, Colegio de Michoacán, Colegio de México e Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1998.

Reseña de Pablo Martín Aceña, Empresa Pública, publicada en la *Revista de Historia Económica*, núm. XVII:3, 1999.

En los últimos tiempos la historiografía financiera mexicana ha dado pasos de gigante merced a la apertura de archivos y a la incorporación de investigadores bien preparados. Leonor Ludlow y Carlos Marichal han decidido reunir en dos volúmenes una serie de trabajos clásicos y documentos originales sobre la historia de la banca, el crédito y la deuda pública en México. A mi modo de ver, lo han hecho con acierto. La edición es oportuna, la selección de los textos cuidada y la calidad de las investigaciones más modernas sobresaliente.

El primer libro, *La banca en México, 1820-1920*, incluye siete estudios y tres documentos de protagonistas contemporáneos. Su lectura nos lleva a realizar un repaso de lo que ha sido la historia bancaria mexicana entre la independencia y la revolución. Los principales elementos conclusivos que ofrece son: la complejidad del legado crediticio heredado de la colonia; las dificultades de todo orden que se interpusieron hasta el porfiriato en el desarrollo de instituciones financieras modernas; el despegue del sistema bancario nacional y regional desde la década de los ochenta, y la quiebra que para ese sistema supuso la revolución de 1910-1920.

Rosa María Meyer, en su ensayo "Empresarios, crédito y especulación, 1820-1850", se refiere al colapso que se produjo tras la quiebra del multiforme sistema de crédito colonial del virreinato. Los mercados se fragmentaron y los prestamistas se refugiaron en los títulos del Estado, institución que al menos tenía detrás las rentas de las aduanas y de los estancos para hacer frente al endeudamiento. Mario Cerutti se refiere en "El préstamo prebancario en el noroeste de México" a los grandes comerciantes de Monterrey; la guerra y el riesgo les resultaron beneficiosos al permitirles acumular grandes fortunas que, para suerte de la región, invirtieron en la minería y las manufacturas. José Covarrubias centra su estudio en el Banco Nacional de la Moneda de Cobre, de vida efímera, que con los recursos de la renta del tabaco se dedicó a recoger la moneda de cobre, que perjudicaba la circulación monetaria y el normal desarrollo del comercio en la Ciudad de México. A continuación los coordinadores de la antología nos ofrecen dos artículos. El de Marichal, "El nacimiento de la banca mexicana en el contexto latinoamericano", es una pieza utilísima de carácter comparativo en la que muestra el tardío desarrollo financiero de México respecto a Argentina o Brasil, así como el predominio absoluto de una sola entidad, el Banco Nacional de México, que absorbía 80% de los recursos del sistema. Por su lado Ludlow, en "La formación del Banco Nacional de México", expone la trayectoria seguida para la apertura de este último banco, que nació como institución comercial privada pero muy ligada al gobierno, que le concedió el monopolio de emisión. Los dos trabajos restantes se ocupan de la evolución de la banca ya en el siglo XX. Abdiel Oñate, en "La crisis de 1907-1908 y el

sistema bancario mexicano”, estudia un momento crítico en la economía mexicana dos años después de la adopción del patrón oro que puso al descubierto las debilidades de su sistema financiero, con poca experiencia internacional y escasa competitividad. En cuanto al interesante texto de Antonio Manero, “Iniciación de la reforma bancaria, 1913”, proveniente de su libro *La revolución bancaria en México*, su lectura nos pone en contacto con las dificultades que se presentaron durante los años 1913 a 1915, con una emisión descontrolada, una inflación desatada, la fuga de capitales, la inconvertibilidad y, finalmente, la incautación de los bancos decretada por Venustiano Carranza. Con ello se ponía fin al modelo bancario del porfiriato. La revolución arrasó al sistema, que no habría de salir de sus cenizas sino un decenio más tarde, con la fundación del Banco de México en 1925. El volumen también incluye tres textos antológicos de otros tantos contemporáneos (Escandón, Cardeña y Davidson), que recogen propuestas para la creación de bancos nacionales. Su interés reside en los principios que defendían: pluralidad frente a monopolio de emisión, nacionalidad de los accionistas y los privilegios que solicitaban para el establecimiento de un instituto que sin duda convenía a los poderes públicos.

El segundo volumen antológico está dedicado al seguimiento de lo que los coordinadores denominan la “turbulenta” historia de la deuda pública mexicana. Como todas las naciones latinoamericanas en construcción, México necesitó los empréstitos interiores y exteriores para sobrevivir. Su capacidad de endeudamiento varió mucho a lo largo del siglo XIX, dependiendo de su estabilidad política y de las posibilidades de desarrollo que ofrecía a los capitales extranjeros. Desde 1824, cuando se estableció la primera república federal, hasta la suspensión de pagos de la deuda en 1913, el recurso al crédito público fue abundante debido a los continuos problemas de la Hacienda. El volumen incluye seis estudios de notable interés. El de Reinhard Liehr, “La deuda exterior de México y los *merchant bankers* británicos, 1821-1860”, repasa las primeras salidas al exterior de los representantes de la joven república en busca de dinero para pagar sus guerras; acudieron naturalmente a Londres y se pusieron en manos de uno de los grupos especializados en negociar deuda. Sin duda el hecho de obtener fondos extranjeros tuvo ventajas; pero también peligros, como se pone de relieve en un artículo de Jaime Rodríguez, “Los primeros empréstitos mexicanos, 1824-1825”, que destaca lo extraordinariamente caros y poco productivos que resultaron los créditos. Lo peor fue que México se vio forzado a suspender los pagos en 1828 y con ello se le cerraron por largo tiempo los mercados de capitales europeos. Por su parte, Guadalupe Nava en su artículo “Origen y monto de la deuda pública en 1861” estudia con detalle la situación del endeudamiento mexicano en un momento crucial de la historia financiera de la república. Precisamente en 1861 Benito Juárez decretó una moratoria indefinida que soliviantó a los acreedores internos y externos; ahí está el origen de uno de los episodios más dramáticos de la historia del país: la expedición de la interven-

ción militar por tres grandes potencias europeas, Gran Bretaña, Francia y España, cuya armada desembarcó en Veracruz, tomó el control de las aduanas para asegurar la amortización de la deuda, e hizo retroceder a los ejércitos de Juárez hacia el norte del país. Tan grave era en el siglo XIX el impago de las deudas, que en México provocó el fin de la república y la instalación del imperio de Maximiliano, como prueba el esclarecedor estudio de Geneviève Gille, “Los capitales franceses y la expedición a México”. Los dos trabajos que encierran el volumen, de Jaime E. Zabludovsky (“La deuda externa pública”) y de Carlos Marichal (“La deuda externa y las políticas de desarrollo económico durante el porfiriato”), exponen las vicisitudes de los empréstitos internos y externos durante el largo periodo de porfiriato. Resultan de interés las operaciones de ingeniería financiera de los dos secretarios de Hacienda con mayor ascendencia en el régimen: Manuel Dublán y José Yves Limantour, así como el seguimiento que se hace de los empleos de los capitales prestados y sus efectos en la economía mexicana.

Para concluir mencionaremos que los dos volúmenes incluyen sendas secciones con una cronología, relacionada con acontecimientos bancarios la una y siguiendo las vicisitudes de la deuda pública la otra. Asimismo los coordinadores han preparado unas muy cuidadas y organizadas listas de sugerencias bibliográficas. En suma, creemos que con estos dos libros, incluidos en la excelente colección de “Lecturas de historia económica mexicana”, ganamos todos: los estudiantes de los programas de economía e historia, a los que van destinadas las antologías, y los estudiosos de la historia financiera latinoamericana.

Francisco Bustelo, *Historia económica: una ciencia en construcción*, Madrid, Síntesis, 1998, 191 p., apéndice, bibliografía.

Reseña de Tomás Martínez Vara publicada en la *Revista de Historia Económica*, núm. XVII:1, 1999.

Este libro, breve y conciso, se integra dentro de una joven colección de textos de historia del pensamiento económico destinada preferente, aunque no exclusivamente, a los alumnos de economía o de cualquier otra licenciatura de ciencias sociales. Por ello la exposición es sencilla y clara, además de rigurosa, algo que sólo se logra tras muchos años de experiencia docente y un profundo conocimiento de los temas tratados, requisitos ambos que reúne el autor del trabajo que se reseña. Con un estilo fácil y en tono didáctico, a menudo con ejemplos oportunos, F. Bustelo reflexiona sobre algunos de los temas centrales de la economía y de la historia económica, y lo hace situando un receptor a medio camino entre el estudiante que esté cursando esta materia y aquel lector al que simplemente mueve la curiosidad intelectual. Ningún interesado en temas de historia económica, sea cual fuere su formación, sentirá rechazo por un lenguaje que le pueda resultar incomprensible. El objetivo buscado —y así lo confiesa el

autor— es doble: lograr que mediante el conocimiento del pasado los estudiantes puedan descifrar mejor el presente económico e inducir a los profesores a seguir profundizando en estos problemas, ya que la disciplina que respectivamente cursan e imparten es, por definición, una ciencia en construcción, en constante reelaboración y autocrítica: una ciencia donde el repertorio de enfoques, hipótesis y puntos de partida es casi ilimitado.

La obra se articula en diez capítulos más un breve apéndice con el mismo número de lecturas recomendadas y sugerencias que se adicionan a cada una de ellas. “Una ciencia importante, pero ciencia en construcción”, así reza el título del primer capítulo. Importante porque su objeto de estudio tiene que ver con el examen del complejo fenómeno del progreso y la forma en que los países desarrollados han logrado alcanzarlo. La historia económica “es la ciencia que mejor puede explicar cómo ha ido avanzando el ser humano en el plano material a lo largo de los siglos”. En construcción porque, pese a lo mucho que se ha desarrollado en los últimos tiempos, carece aún de respuesta a demasiadas interrogantes. Bien explicada —y estudiada— la historia económica, aparte de que no resulta una disciplina árida y sí muy formativa, sirve desde el primer momento “para que los estudiantes comprueben que saber economía [e historia] permite entender mejor el mundo en que vivimos”, lo que se consigue conjugando hábilmente análisis y síntesis. Sin embargo, “la capacidad de síntesis que tiene hoy por hoy la historia económica es escasa”, aunque no creo que ello se deba —y los últimos manuales aparecidos, entre ellos el suyo propio así lo constatan— a la falta de investigaciones para llegar a conclusiones generales, como se dice en el capítulo diez. Pese a que se trata de una ciencia joven, el corpus de producción historiográfica en los últimos años ha sido realmente impresionante: los horizontes teóricos y metodológicos se han ampliado, se han afinado las técnicas, la temática es más diversa y, lo que es más importante, se han ido desmoronando muchos de los viejos paradigmas de una historia nacional repleta de fracasos, excepcionalidades, culpas y desastres. Y al igual que en los demás campos de la historia, también en la historia económica está teniendo lugar una eclosión de estudios muy especializados, muchos de ellos contruidos sobre marcos regionales y locales. Paradigmático en este sentido es el caso de la historia empresarial, a la que el autor dedica el capítulo octavo; sin embargo, pese a que se trata de una disciplina muy reciente en nuestro país, su grado de fertilidad, dentro de un carácter muy particular y local, es extraordinario, debido, entre otras razones, a su inserción en los nuevos planes de estudio de las licenciaturas de Economía y Dirección y Administración de Empresas y el diplomado en esta última especialidad. Este aluvión de análisis, cada vez más especializados y atomizados, y no la carencia de ellos, es lo que, junto a la fragmentación espacial del objeto histórico, hace que las síntesis —cuantas más mejor— resulten imprescindibles.

La historia económica es en esencia una materia interdisciplinaria a caballo entre la economía y la historia, de las que

necesariamente se nutre; no debe prescindir de ninguna de ellas porque si lo hace, si, como dice C. M. Cipolla, cede en uno de los frentes, se desnaturaliza y pierde su propia identidad. Por tanto, al que aspire a ser historiador económico no le quedará más remedio que saber historia y economía —“la formación del historiador de la economía debiera ser histórica y económica”—, ciencias muy distintas en su lenguaje, temática e instrumental analítico; ciencias, por otro lado, entre las que no siempre ha habido —ni hay— el diálogo que cabría desear. Y es natural que esto suceda, ya que, como muy bien explica el autor en los capítulos cuarto y quinto, los más sugerentes del libro en mi opinión, la economía desde la revolución marginalista se interesa cada vez más por los temas microeconómicos y de corto plazo, por el equilibrio parcial, y muy poco o casi nada por aquellos que son los componentes estructurales y definidores de la historia: sensibilidad por los ritmos del tiempo, por la asincronía en los desarrollos observados y, en especial, por el cambio social y la interacción continua entre todos los factores. Ésta es la razón principal de por qué entre ambas ciencias apenas se han producido trasvases recíprocos de conceptos y métodos. Dice F. Bustelo —y tiene toda la razón— que el historiador “si no quiere cojear de una de las dos patas” debe recurrir a las técnicas y conocimientos que le brinda la teoría económica, pero —advierte— habrá “de distinguir cuidadosamente entre los instrumentos de esa teoría y las conclusiones a que llegan los economistas con su empleo. Los primeros son o pueden ser útiles. Las segundas han de considerarse habida cuenta de sus limitaciones”. F. Bustelo rechaza abiertamente cualquier pretensión de universalidad —“ningún planteamiento puede excluirse a priori”— en el tiempo y en el espacio; no cree —y así lo ha venido manifestando de manera reiterada desde sus primeros artículos, a principios de los setenta— que las motivaciones y conductas tiendan a ser las mismas en todos los tiempos y lugares, y se muestra muy crítico con los que así lo creen. En definitiva, el historiador de la realidad económica sí deberá familiarizarse con la teoría económica, pero ha de saber igualmente que le espera enfrentarse no sólo con un número mayor de variables, sino también, de nuevo en palabras de C. M. Cipolla, “con elementos no mensurables, irracionales, imprevisibles y cambiantes y con asociaciones que cambian constantemente entre variables”. La formación del historiador de la economía habrá de ser, por tanto, histórica y económica, y como los hechos que va a examinar no tienen una existencia real independiente del entorno social, político, cultural y físico en que tuvieron lugar, el historiador económico deberá estar también atento a lo que acontece en las demás ciencias sociales. Sólo así conseguirá dar una explicación coherente y científica de la evolución económica del pasado.

En los capítulos sexto y séptimo el autor se ocupa de las grandes etapas de la historia económica, mundial en el primer caso y de España en el segundo. La Revolución Industrial, iniciada en el continente europeo en el siglo XVIII y exportada desde él a EU, Oceanía y también, aunque con

rasgos singulares, a Japón, es el hito más importante de la historia económica; consistió fundamentalmente en que, debido a toda una serie de cambios en la economía y la sociedad, allí donde se produjo provocó un desarrollo económico sin precedentes en la historia de la humanidad, dividiendo desde entonces el mundo entre países ricos y países pobres. Pero para que se produzca la Revolución Industrial se requieren “dos hechos, sencillos en la teoría y difíciles en la práctica”: que exista excedente en cantidades crecientes y que éste se invierta dentro del país en la producción de bienes y servicios, permitiendo de este modo que el producto crezca año tras año. Ciñéndose al caso de España, el autor se pregunta por qué no se aprovecharon los recursos que le reportaba su vasto imperio. Y el análisis que se hace plantea que éste se basó en una organización poco productiva que tuvo mucho que ver con la mentalidad señorial heredada de la Reconquista; además faltó una clase política que hoy llamaríamos “desarrollista” y, desde luego, no hubo empresarios capaces. El imperio español “era muy costoso, y al no producir lo suficiente, siempre vivió en equilibrio precario; lo que se obtenía de las colonias a duras penas bastaba para sufragar los muchos gastos”. Frente al decadente siglo XVII, el XVIII fue más próspero, si bien no impidió que se llegara al siglo XIX en no muy buenas condiciones. Aunque hubo gran dinamismo en algunos sectores y regiones, en conjunto el siglo XIX fue un periodo poco brillante en el terreno económico; no sólo no hubo progreso, sino que, dentro de la Europa industrializada España retrocedió en términos relativos. Las cosas mejoraron algo en las primeras décadas del siglo actual, pero la Guerra Civil y, sobre todo, la autarquía, invirtieron la tendencia. La modernización es, pues, un hecho reciente.

La obra se cierra con un apéndice documental formado por diez lecturas, a cada una de las cuales siguen unas reflexiones o “sugerencias para un comentario”. La idea de insertar sugerencias es novedosa y estimo que acertada, pero la selección de las lecturas, en cambio, me parece discutible. No es que los textos seleccionados carezcan de interés, todo lo contrario; lo que ocurre es que algunos de ellos encajan mal con la naturaleza y objetivos de la obra, porque, y por poner sólo un ejemplo, no nos parece demasiado pertinente el texto 10 sobre tecnicismos extranjeros; nos habría parecido más apropiado escoger textos básicos en los que estén reflejadas las diferentes formas de entender y hacer historia económica. Por otro lado, en ese loable intento de mostrar y enseñar cosas que guarden la mayor relación posible con el mundo actual, al autor se le va la mano en la descripción del presente, al que en sus explicaciones otorga un peso igual o mayor que el que ofrece a la evolución histórica, de la que el presente es producto obligado, y que es la que pretende explicar. Finalmente queremos señalar que *Historia económica: una ciencia en construcción* es un libro en el que su autor rechaza la exclusión sistemática de cualquier enfoque científico al tratar un tema, sostiene la necesidad de que converjan teoría económica e historia, sin soberanías intelectuales de una u otra disciplina, y aboga por un diálogo permanente de la historia económica con las otras ciencias humanas. Pero es, al mismo tiempo, un libro polémico, pues F. Bustelo se decanta abiertamente hacia una forma de entender la disciplina y la defiende frente a los que tienen otras concepciones. A su favor está también la facilidad con que puede ser entendida la obra por un público no especializado y el hecho de que es un acercamiento básico a la disciplina que puede despertar la curiosidad —y la polémica.